

Pandemonium

Revista Quincenal Ilustrada

No. 134

15 de mayo de 1915

Año X



Señorita Victoria Villa
de El Salvador

Imprenta y Librería Alsina
San José, Costa Rica

Precio 25 cts.

La Protección de su Negocio al alcance

LLEVE SU RECIBO

CONTADO

Pesos Centavos

6° 10

de su Mano

Si en tiempos normales es necesario una vigilancia extrema para que el fruto de su trabajo y los rendimientos de su negocio, no sufran quebranto. ¿Cuanto más necesario no lo será en situaciones críticas?

Esto únicamente lo consigue empleando la Máquina Registradora

NATIONAL

la que es Unico Agente

A. T. Harrison

Apartado 946 - Teléfono 451

SAN JOSE,
Costa Rica

National

SAN JOSÉ DE COSTA RICA

PANDEMÓNÍUM

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

DIRECTOR:

A. T. CERVILLA GARCÍA



REDACTOR:

ARTURO GARCÍA SOLANO

REDACTORES:

CARLOS SALAZAR GAGINI — FRANCISCO SOLER — RAFAEL CARDONA

ROGELIO SOTELA — J. ALBERTAZZI AVENDAÑO — LOS CLARENCE

AÑO X

15 DE MAYO DE 1915

NÚM. 134



Crucifijo que quedó intacto después de un fuerte bombardeo.

Questiones ideológicas

Por Eos Clarence

Al distinguido juriconsulto
don José Astúa Aguilar

Es la adhesión espiritual—escribe don Ramiro de Maeztu—lo que las naciones en guerra tratan de conseguir de los pueblos neutrales. Y es que la simpatía, en cierto modo, es la prolongación de todos nuestros sentimientos.

Por esa adhesión se invoca el vínculo sugestivo de la raza, la epopeya de la tradición latina y el triunfo de la cultura, cuya hegemonía pretenden tener los alemanes. Natural parece, desde luego, que por la cultura fueran las más resonantes batallas de la palabra en las naciones desligadas del conflicto. En Madrid, declara *El Imparcial* por medio del más alto dramaturgo contemporáneo, la preponderancia del genio alemán; y en casi todos los países de América, se comentan opiniones parecidas, con tal apasionamiento, que aun no ha podido surgir una sola definición que no sea un simple escamoteo de filosofía profesional.

No intentaremos analizar tales ideas porque estamos convencidos de que su profundidad debe franquearse con un caudal de virtudes que estamos muy lejos de poseer, pero si—en ocasión tan oportuna—expondremos públicamente conceptos que nos hacen suponer la cultura alemana no como a la fuerza renovadora del sentimiento ideológico moderno, sino como fuente de asimilación, ya que en muchas ocasiones, cuando pretendía dar vida a sus más grandes corolarios, solo completaba al esfuerzo inicial del espíritu creador de Francia. Un crítico insigne ha dicho en páginas magistrales, que el pueblo alemán, siguiendo la metamorfosis psicológica que entreveía Spencer en las colectividades, atravesaba el estado de adolescencia en que todo se imita. Sabio decir que encuen-

tra la más amplia comprobación, si observamos los fenómenos que integran su vida laboriosa y paciente, vida de niño educado en las más severas disciplinas del escolasticismo clásico.

Mirad si no los cuadros de sus más brillantes pintores impresionistas, y encontraréis la huella enérgica de la escuela francesa que representan Renoir y Rafaelli. Y ahondando más, hallaréis en von Broecklin, el genio pictórico más original de Alemania, la influencia de las evocaciones simbólicas que inmortalizó el cálido pincel de Gustavo Moreau. Hauptmann, el ilustre dramaturgo que en plena madurez de sus virtudes se resuelve por la «reindivivación de lo fantástico y de lo simbólico como materia de estética», recuerda, en *LA CANPANA SUMERGIDA* y en *ALMAS SOLITARIAS*, la maravillosa fantasía que virtualizó Ibsen, y que es el sello más enérgico de las obras de Mauricio Materlinck; y cuando, impregnado del más noble sentimiento hacia lo real, se yergue sobre su propio corazón y escribe con su juego generoso *ANTES DE LA SALIDA DEL SOL* y *LOS TEJEDORES*, entonces es la gesta gloriosa del inmortal visionario de Sedan, que vibra en el tímpano sutil de vuestras sugerencias.

Sin embargo, von Hauptmann, hace poco años declaraba a uno de los cronistas más notables de España, que su arte era *representativo*, y en tal concepto se oponía al avance de la influencia dominante... Por supuesto que semejante petulancia no nos extraña en boca de uno de los que suscribieron aquel famoso manifiesto de la mentalidad alemana, y menos, cuando hasta sus simpatizadores más sabios proclaman, sin el menor escrúpulo, la decadencia del espíritu francés y

niegan rotundamente la enorme trascendencia de sus creaciones en el desenvolvimiento de la vida contemporánea. Frente a tal concepto, nada más oportuno que recordar la ruidosa encuesta que propuso hace pocos años la importante REVUE DE METAPHYSIQUE ET DE MORALE, y en la que, uno de los biólogos más insignes, al contestar, probó que Francia creaba—en la ciencia experimental—con Berthelot, la transformación de la fisiología vegetal; con Claudio Bernard, el cientifismo de la fisiología, que venía en cierto modo, a justificar la teoría de la vitalidad en el Determinismo; con el RADIUM descubierto por Curie, la unión metafísica de la materia y de la fuerza, creadora de una nueva *concepción espiritual*; y, en fin, con la otra indefinida de Lavoiser, de Lamarck, de Pasteur, de Bichat y tantos otros sabios, la fuerza inicial que dió vigoroso impulso al desarrollo de la cultura moderna. En tanto, el genio alemán, pacientemente, austeramente, imitándola, *germanizándola*, se conformaba con dar los últimos toques a esa cultura, que al cabo de algún tiempo, ajustada al ambiente y a su organismo colectivo, asumía una cierta *personalidad representativa*. Y en lo que toca a la filosofía, el cetro está, por derecho propio, como dice el lugar común parlamentario, en manos del idealismo francés. Al sostenimiento de su sacro fuego, contribuyó aquella alma dilecta y perfumada por los grandes anhelos: Jean Marie Guyou, el genial, desaparecido en los momentos mismos en que Platón le abría personalmente las puertas de la inmortalidad. Wundt, el filósofo raro y soñoliento, lo sigue comentando con melancólico regocijo en sus cursos académicos de Berlín...

En tan gloriosas disciplinas, Fuillée

tiene una dulzura incomparable. En sus labios, llenos de noble elocuencia, el Determinismo—que Alemania entusiasmada discutía—cobra una virtualidad desconocida, sublime, que lleva a nuestra desolación interior el halago de nuevas esperanzas. Solo Bergson, el espléndido demoleedor de la tradición metafísica y del objetivismo de Kant, ha podido superar la obra trascendental de este sabio maravilloso. Y es que la influencia de Bergson es absorbente y definitiva, por su fecunda originalidad y por el hondo humanismo que difiere de su esencia. Serena, como una de esas fuentes cristalinas que ofrecen a nuestros ojos el divino espectáculo de otro cielo bajo la mansedumbre de sus aguas, la filosofía de Bergson nos muestra bajo los milagros del *mundo interior*, otro cielo iluminado por la luz de su idealismo que colma la avidez de nuestro espíritu. Por eso es grande, y porque sobre el mecanismo convencional de la retórica, rinde fervoroso culto a los llamados del corazón.

.....

¿Y a qué seguir acumulando definiciones probatorias, cuando basta una pequeña evocación para alejar de nuestros ojos, con un gesto repulsivo, la vengativa afirmación que solo ha podido amamantar el amargo seno del despecho?

Nosotros, al hablar de la vida de esta Francia—que sobre las vanidades exteriores, solo defiende la integridad de su Idealismo—miramos las partículas sublimes del recuerdo, agregarse una a una, hasta formar su imagen verdadera, tal como aquel fraile visionario miraba reconstruirse en la gloria de su ensueño la estatua ruinosa de Cesárea.

La santidad inconsciente

Por don Miguel Unamuno.

Hablaba yo con mi amigo don Fulgencio de literatura portuguesa, y al darle noticia del gran poeta Guerra Junqueiro me puse a recitarle su poema «El pastor», donde nos presenta a aquel centenario pastor tramontano, modelo de inocencia. Don Fulgencio torcía el gesto; no cree en la inocencia de los pastores, y menos si se han criado lejos de las ciudades. Don Fulgencio detesta a los abelitas y sostiene que, de no haber Caín matado a Abel, éste habría acabado matando a aquél su hermano, y que no es un ruego tan falto de fundamento aquel que se hace cuando se le pregunta a un niño: «¿Quién mató a Caín?» Sostiene más aún don Fulgencio, y es que quien mató a Caín fué Abel, el muerto. Añade que los muertos son los mayores asesinos y que se dedican a perseguir a los vivos para matarlos. Una vez me sostuvo, no sé si en serio o en broma, porque don Fulgencio vive y obra y piensa allende esta distinción más allá de la seriedad y la burla, que las muertes repentinas, eso que se atribuye a una congestión cerebral, a una angina de pecho, a la rotura de un aneurisma o a otra cosa por el estilo, es un ataque fulminante de un muerto sobre un vivo, es que le coge por el gañote con sus manos invisibles y le ahoga. Don Fulgencio, pues, no cree en la inocencia de los pastores ni en la de los muertos.

Me puse a recitarle el poema dicho, cuando el llegar a aquello de

realisou no mundo a perfeição de alma:
porque foi bondoso como a lua e calma,
porque foi un santo sem saber que o era!...

me interrumpió exclamando:

—¡Alto ahí! ¿Qué es eso de que fué un santo sin saber que lo era? ¡Por ahí no paso!

—Pero si es poesía, amigo don Fulgencio...

—¡Ni que sea poesía! ¡Por ahí no paso! Y estoy harto ya de que la poesía sirva de alcahueta para meternos disparates.

—Pero don Fulgencio...

—¡No hay pero que valga! ¡Ya he dicho que no se puede tolerar que la poesía sirva para introducirnos desatinos!

—¿Usted, don Fulgencio, usted? ¿Usted, el apóstol de la absoluta tolerancia...?

—Pero ven acá, Miguelito—me dijo;—si alguna vez no me mostrase intolerante, ¿qué valor tendría mi tolerancia habitual? Eso sería tanto como ser tolerante sin saberlo, como ese pastor de tu amigo Guerra Junqueiro era santo. Y esa tolerancia así, inconsciente, ni tendría valor alguno ni sería semejante tolerancia. Y si la mía vale lo que vale es por ser yo un hombre, creo que como todos los demás, fundamentalmente intolerante. ¡Como que si me he declarado apóstol de la tolerancia es por no poder tolerar la intolerancia de los demás, es decir, por intolerancia!

—¡Usted siempre el mismo!—le dije.

—¡Claro, hijo, claro! Yo siempre combinando y barajando ideas. Y la tolerancia no es más que la intolerancia de la intolerancia, algo negativo.

—Sí—añadí—, en la gramática latina nos enseñaron que dos negación afirman.

—¡Así es, sí, así es! Y apenas hay afirmación que no sea la negación de una negación. La ortodoxia no es sino la negación de las herejías; pero ¿por dentro? ¡Nada! Y el sentido común, ese horrible sentido común, ese monstruo feroz, devorador de todos los sentidos propios, eso no es sino pura negación. El sentido común no

sabe mas que negar, hasta cuando cree que afirma.

—Bien—le dije—; ¿acabo de recitarle la poesía?

—¿Para qué? Ese pastorcito de... Belén se irá derechito, con zurrón y cayado, a la gloria, ¿no es eso?

—Sí—le dije—; y el poema dice que los semidioses del entremés de la gloria, los Césares, tiranos, capitanes, héroes, épicas figuras de inmortal memoria...

—¡Claro!—me interrumpió—. «Gloria»... «memoria»... Ahora vendrá historia o escoria, ¿no es eso?

—Sí; ahora viene que esas épicas figuras que de sierra en sierra iluminan la Historia como crepitantes, trágicos faroles, en la región de lo inmenso, en el infinito puro donde deslumbra como un sol Jesús no son más que larvas que tiemblan en la oscuridad, a las que nadie conoce y que en vano busca el poeta con sus ojos calmosos en aquel mar de luz.

—Y le vé allí al pastorcito, ¿no es eso? ¿Aquél que fué santo sin saber que lo era?

—Sí; el pastor de ovejas que comió centeno, que vivió en los montes y durmió en las grutas, tan asalvajado, tan peludo y feo que diríase que tal monstruo salió de la matriz de la tierra como las piedras brutas, libertado ya de la ilusión del mundo se hizo un ángel blanco, de nuevo pastor, y millones de astros siguen su mirada alegre y son rebaños de almas por el azul profundo.

—¡Bien, muy bien!—exclamó don Fulgencio—. ¡Poesía, poesía, poesía! Es decir, conciencia. Porque es la conciencia la que crea. Y la santidad ahí estuvo en la mano de tu amigo Guerra Junqueiro, en su conciencia. ¿Pero el pastor? Te digo que no hay nadie, y menos un pastor, que sea santo sin saberlo. Esos de quienes se dice que son santos sin saberlo no pasan de ser imbéciles. El que no tiene conciencia de su santidad no es santo.

—Pero usted recordará que cuando éramos mocitos e íbamos...

—Sí, ya sé lo que vas a decir. Aquel

santo no fué tal santo. Y es un mal principio el que se le ponga a la juventud de modelo a semejante...

—¡Don Fulgencio!

—¡Te digo que quien no tiene conciencia de su santidad no es santo...

—Pues yo he oído decir que el más grande santo será uno de quien no tengamos noticia, que haya pasado inadvertido de todos...

—¡Eso ya es otra cosa! ¡Que no lo hayan sabido los demás... pase! Aunque... ¡Pero que no lo supiera él mismo, eso es una tontería!

—Y si nadie supo que fué santo, ¿para qué le sirvió serlo?—pregunté.

—Acaso tengas razón. Llevar la vida de un Santo Simeón Estilita sin que nadie se entere de ello es algo que no me explico...

—¡Dirán acaso que se entera Dios y basta!

—Dios no se entera de lo que pasa inadvertido a los hombres todos, tenlo por seguro. Dios sabe las cosas que pasan en el mundo porque se las contamos nosotros, muchas veces sin quererlo. Y de lo que le pasa a un anacoreta en el desierto sabe porque el anacoreta se lo cuenta.

—¿Y de lo que nos llamamos?

—Por nuestro silencio delator. Dios ve en nuestra conciencia todo lo que en el mundo, y fuera de él, pasa y nuestra conciencia habla. Y como este pastorcito tramontano no tenía conciencia de su propia supuesta santidad, no sabía que era santo, no podía Dios ver su santidad en él, y, por lo tanto no fué santo ni pudo serlo. Y te repito que hay que acabar con eso de la santidad inconsciente. El que llaman santo inconsciente no es más que un imbécil, y el que llaman héroe inconsciente un bruto, y nada más que un bruto. Y no necesitamos ni imbéciles ni brutos. Lo que necesitamos es gente que sepa lo que es. ¡Poetas como Guerra Junqueiro, a sabiendas de que son poetas, que cantan la santidad inconsciente de los poetas... ¡bien!; pero nada de pastores de esos que sean santos sin saberlo. ¡Ante y sobre todo conciencia, conciencia,

conciencia! Todo menos convertir a la patria en un limbo!

—Pero, don Fulgencio... siempre será mejor que no convertirla en un infierno...

—¡No, no! Del infierno se sale, digan lo que quieran los que desean que no salgan de él nunca sus enemigos y aquellos a quienes envidiaron; el infierno no pasa de ser un purgatorio

más o menos largo. De donde no se sale nunca es del limbo. La tontería no tiene remedio. Y la supuesta santidad esa del que no sabe que es santo no es sino tontería, pura tontería. Y si el santo sin saberlo da en decir que es un grandísimo pecador, entonces...

—Entonces, ¿qué?

—Entonces, no quiero decirte.

El afilador

Por J. Albertazzi Avedaño

Para Arturo García Solano,
que es también un afilador de pensamientos

Lo he visto pasar esta mañana frente a mi mesa de trabajo, y me he puesto a meditar. Siempre fueron ellos, los débiles, los pobres, los hambrientos, los que bordan su vida sobre el tafetán de un infortunio, los del regimiento que enfila el hambre y la miseria—y forman la más varia y numerosa de todas las legiones—los que por haber nacido pobres—como dice Federico Gutiérrez—tienen el divino derecho de ser malos; siempre fueron los anémicos y los de ojos muy hondos—como perdidos—porque buscan en su mundo de adentro lo que les niega en su ignorante impiedad el mundo de la calle, los golfos miserables que dejan entrever sus carnes por la cobardía de sus andrajos y una sonrisa de alegre desdén entre los labios, mientras ocultan del sol y de los vientos su alma de rapaces que sólo el Destino, y a ratos, se ocupa en modelar; aquellos a quienes llamaba Marquina:

«Venid, yo tengo para vosotros una canción»; siempre han sido ellos, perdidos en la árida estepa humana, los que atrajeron mi atención y la llevaron por trillos de cariñosa solidaridad, hasta el oscuro albergue de sus desolaciones.

Lo he visto pasar esta mañana y una procesión de pensamientos se ha

ido detrás de él. El afilador! se dice el común de las gentes, despectivamente: un pobre diablo a quien la suerte cercó en su país por hambre y llegó a nuestras playas un buen día de tantos; un pobre diablo que va a lo largo de nuestras calles soleadas sacando filo a las tijeras, y a las navajas y a las hachas, para acallar las voces del estómago. Para mí, torpe iluso enamorado del detalle, significa mucho más.

Al verlo pasar esta mañana, recordado por la ventana de mi cuarto, he dialogado con él, monologando: quizá lo ignores, pero tú tienes, oh! amigo afilador, muchos compañeros en los ajetreos de la vida diaria; talvez no lo sepas, pero son hermanos tuyos el maestro que *afila* el espíritu de sus alumnos para que tengan un arma poderosa que esgrimir en las luchas del futuro, y el pensador que afila pensamientos para que tajen, como aceros toledanos, las sombras del error y del prejuicio.

Cuando oigo sonar las cadencias de tu pito, que tiene ecos raros de imploración, y que a mí me ha sonado a canción gitana entre las luces de fiesta de este amanecer de primavera, pienso en las tristes evocaciones que él puede despertar en tu alma de proscrito.

Viniste a esta América precozmente extenuada, buscando una tierra de promisión a tus anhelos de trabajo, abandonando a tu compañera y a tus hijos que no te piensan extraviado en los recodos de los áridos caminos de esta tierra gastada que no tiene ni el pretexto de su decrepitud. Cuando yo te he visto abstraído, impulsando con el pie la polea que mueve las ruedas en que desgastas los lomos para sacar el filo—de semejante manera que el escultor que aña la estatua al despertarla con su cincel de entre el seno de la piedra tosca—cuando contemplas, pensativo, el marchar de las ruedas que cantan la canción luminosa de sus chispas, sin cuidarte del cuchillo que tienes entre las manos, ¿no piensas en la casita lejana, y no se te aparece entre las brumas del recuerdo la parrá con su triunfo de racimos, a cuya sombra juegan los chicuelos y zurce la calceta la buena compañera que se queda un momento con la aguja quieta, mientras zurce con

el otro agujón encantado, el de su cariño, un recuerdo para el querido compañero que se fué a las Américas a hacer fortuna? Tú debes pensar en todo eso, oh! querido afilador, y el sol de Andalucía debe metérsete hecho una caricia de tibia luz entre el espíritu a ahuyentar los buhos de tus tristes presenti-

mientos, que se acurrucan entre su oscuridad. Tú debes de pensar en todo eso, y la nostalgia de tus flores, de la capa puesta al pie de la moza que pasa sobre ella, de las tardes que se aduer-

men al pie de los naranjos florecidos y del amoroso rasgueo de la guitarra, debe de punzar tu corazón. Sólo tienes un fiel e inseparable compañero, testigo de tus luchas y colaborador en tus afanes: tu carrito, dócil a tu constante trajinar, y que va contigo por todos los suburbios diciendo que de cada lomo informe puede salir un filo, si sabe despertarlo un buen afilador. Ah! pero habrás pensado muchas veces que el que despertaste en las tijeras sólo sirvió para esclavizar a pobres niñas que pasan los días y las noches encorvadas sobre sus máquinas en la confección de vestidos que no ceñirán nunca sus cuerpos de mariposas sin alas, y el que despertaste en las navajas, para que muchos—que desprecian la vida aún sin motivo, pues que como dice Ri-

cardo León, sólo se la puede aborrecer cuando se la ha amado mucho, cuando se ha sido un Sócrates o un Cristo y se ha enseñado mucho a los hombres—para que muchos, te decía, marquen con ellas un punto rojo de sangre en la letanía de su existencia. Quizá tú lo ignores, pero cuando el



J. ALBERTAZZI AVENDAÑO.

distinguido compañero nuestro, que al dictado de poeta sincero une el de escritor dilecto. Nadie más dueño que Albertazzi de esa forma sugestiva y magnífica que virtualiza en *Las Campanas* y que de tanto colorido viste sus páginas.

Tanto este bellísimo trozo como *El Afilador*, que hoy publicamos para deleite de nuestros lectores, forman parte de un volumen inédito que llevará por nombre *Brisas de Primavera*, y al que nosotros, desde luego, auguramos el éxito más brillante.

eco de tu pito rompe el silencio de nuestras horas largas, muchos levantamos los ojos para verte pasar, y pensamos entonces en nuestra dura y amarga vida de afladores. Sigue por esas calles convirtiendo—por milagrosa virtud del trabajo—el acero que desgastas de los instrumentos que afilas, en oro para tu bolsillo. Sigue copiando en tus pupilas verdes la somnolencia de nuestros paisajes, y vuel-

a tu Andalucía en alguna Nochebuena en que las cadencias de tu pito sean para tus niños y tu compañera, que te aguardan a la sombra de la parra, las de la trompeta del Niño Dios, y para que luego, en la primera noche de tu arribo, en medio al corro, puedas comenzar tu narración, recordando a Chocano:

«He viajado poco,
me he cansado mucho...»

La guerra y la paz

Por Anatole France

No somos los monomaniacos del pacifismo. No cubrimos con palmas de olivo el horizonte de lo humanidad, formada en sus virtudes por la ruda escuela de la guerra. El jefe salvaje que ante la proximidad del enemigo, encerró en un círculo de carreta las mujeres, los niños y las bestias de su tribu y acribilló a su agresor con flechas y con piedras, es el fundador de la familia y de la ciudad. Las victorias de Alejandro han fundado la sociedad moderna y han creado la civilización, que las invaciones de los bárbaros no han podido destruir y de la que todavía gozamos

Veis, pues, que concedemos a la guerra su aspecto de belleza; pero, si en otro tiempo fué necesaria, hoy ha perdido su razón de ser. Es un hecho real y cierto, perceptible para todos los observadores, el de que la propia inmensidad de la guerra impide el que la mirada humana le abarque en su vasta extensión. Contemplad: colores, frutos de la tierra, ganados, cereales, materias primas, productos manufacturados, numerario, crédito, todo lo que constituye la prosperidad de los pueblos y la fuerza de las razas, se ganó en la antigüedad por la violencia; pero ahora es materia de contrato entre naciones de civilización paralela. Verdad es que las razas inferiores suelen pagar los gastos. Se puede preveer,

sin embargo, que tan cruel abuso no ha de ser eterno. Entre pueblos de cultura equivalente, a despecho de rivalidades y desconfianzas, de buen o de mal grado, la cordial inteligencia se hace más fácil cada día.

La multiplicidad creciente de comunicaciones y de intercambios, la solidaridad forzada de los mercados comerciales y de los mercados financieros, los desenvolvimientos rápidos del socialismo internacional y la federación de los proletarios, preparan insensiblemente la unión de los pueblos de todos los continentes.

La paz universal se realizará un día, no porque los hombres se vuelvan mejores (no podemos esperar) sino porque un nuevo orden de cosas, una ciencia nueva, nuevas necesidades económicas que nosotros vemos nacer y crecer, les impondrán el estado pacífico, como antes las mismas condiciones de su existencia los colocaran y los retuvieran en plena guerra.

Yo temería a eso que se ha dado en llamar «corazonadas». Yo descartaría las sugestionese sentimentales. Yo diría: ¡Perezca la paz si por su infljo el género humano disminuye en número! ¡Perezca la guerra, puesto que es capaz de compensar los daños y pérdidas que ocasiona el vencedor! Perezca la guerra ahora que la industria ha llegado a ser la grade, la única conquistadora.

¡La paz! En todos los tiempos fué anhelada por el mundo. No nos ruboricemos de desearla; los más valientes la desearon antes que nosotros. Fundir las espadas en hoces agrícolas fué el deseo de los profetas de Israel, así como el de los poetas de Atenas y de Roma: este es el deseo de los mejores y de los más grandes en los tiempos modernos. Digámoslo mejor: jamás se ha hecho la guerra sino para conquistar la paz. Es pues el destino de la guerra perecer en su triunfo. ¡Qué perezca para siempre!

¡Pueblos! Recordando el poderío, las miserias y la gloria que os ha dado, sofocadla en su manto de púrpura. Y libertaos para siempre de su ilustre esclavitud, pedid la prosperidad y la riqueza, no a victorias de un día, sino a la paz, que es también una victoria y la única perdurable.

¿Quién llorará el término de la guerra? Si todavía existe entre vosotros alguien que, alimentado por una filosofía oscura, la desea y la espera como un ideal, y ve en las batallas el sangriento holocausto agradable al dios de los Ejércitos, a éste nada tengo que decirle.

¿Teméis que al matar la guerra se maten del mismo golpe el valor, la constancia, la abnegación, las más fieras virtudes que llenan el corazón de los hombres? No; las artes de la paz, la ciencia, la ciencia pura y especulativa, la ciencia activa y eficaz aplicada a las necesidades del individuo y la sociedad, las obras de la civilización, forman también energías, excitan el valor y suscitan héroes. De ello no se puede dudar en este momento, en el que la conquista pacífica del aire cuenta pródigamente sus víctimas entre los más jóvenes y entre los más intrépidos.

Tranquilícense los que crean que las rudas pruebas son necesarias para templar los corazones. Cuando la trompeta guerrera, cuyo sonido es cada vez más raro en el mundo, haya cesado de llamar a las razas a las sangrientas carnicerías, aún no podrá la Humanidad dormirse en las delicias

de una nueva edad de oro; Astrea no descenderá del Zodíaco para recrear a los hombres en las delicias de una primavera eterna, ni la miel correrá en arroyos de los troncos de las encinas seculares. El esfuerzo, el duro esfuerzo será necesario todavía para la desgraciada Humanidad. El arte, el arte mismo, que por completo parece gozo y sonrisa ¿no tiene sus mártires y hasta en sus juegos más ligeros no exige a los que a él se dedican sacrificios crueles y a veces sangrientos?

Si la lucha por la muerte es peligrosa, la lucha contra la muerte no efrece peligros menos terroríficos. Apelo al testimonio de los médicos, de los sabios, de los inventores, que han perecido en la lucha contra los males de sus semejantes.

Pero ejército por ejército, ¿no sufre más fatigas, más privaciones, no corre más peligros, no está más expuesto a las heridas y a la muerte violenta el gran ejército de los trabajadores que constituye y cuida con sus manos el prodigioso edificio de nuestra civilización, obreros de la tierra, de las minas, de los metales, de la piedra, ejército pacífico, ejército bienhechor que realiza obscuramente a todas horas obra prodigiosa de afección, de fuerza y de intrepidez? En la paz universal, ¿no tendrá este ejército de continuo sus héroes y sus víctimas.

Y vosotros, los últimos amantes fieles de la guerra, los que la amáis porque la juzgáis noble, pura, heroica, y la queréis guardar para servir a las causas justas, como si al mismo tiempo no sirviera siempre a la justicia y a la inquietud: vosotros ante quienes yo me inclino porque sois leales, guardad en vuestras manos el recuerdo de sus antiguas virtudes, de cuando la espada era el árbitro del mundo. Por la espada fué augusta la guerra. Añorad, llorad la espada; ya concluyó para siempre. El «gladio» desnudo que instituí una especie de derecho de la fuerza, ha sido reemplazado por una pirotecnia costosa, que subordina el valor de los ciudadanos a la riqueza de las naciones. Belona ya no es hoy una

guerrera, es una metalúrgica, una poderosa industrial que trastorna y deprava en su provecho y esteriliza y corrompe las materias y los utensilios de la paz y de la civilización.

¡Hombres, alejaos de ella! ¡Representantes de los pueblos, Embajadores

de las naciones, ciudadanos del universo, proletarios de los dos mundos, uníos para poner fin a esta locura del acero; uníos para reprimir la manía criminal de los armamentos y salvar al mundo.

De Charles Guerin

No hay poeta—fuera de Verlaine—que como éste nos ponga en más directo contacto con su alma. Y pocas almas de poeta más altas y puras que la de Charles Guerin. Toda su obra, grave, dolorosa y clara como un aria de Bach, muestra la lucha entre la emoción y el pensamiento. Hace pensar en Vigny menos austero y elevado, y más ardiente y cordial. En la moderna poesía ha dejado una honda huella su arte, palpitante de humanidad y de sincera y desnuda emoción. Sus tres libros definitivos, «El corazón solitario», «La sangre de los crepúsculos» y «El hombre interior», señalan en la literatura francesa una época vigorosa, a la cual había de suceder el triunfo magnífico y glorioso de los Nuevos, con Henry de Regnier a la cabeza.

I

Ma fenetre etait...

Un soplo de aire, dulce de perfumes del huerto,
de súbito al entrar mató mi luz. Cubierto
de sombras, me hallé solo con un ensueño, aislado.
Latía mi reloj, breve y precipitado,
sobre el hondo latir de mi corazón vivo.
Yo escuchaba el rumor múltiple y pensativo
que sube del nocturno sueño de la ciudad.
Sutiles los oídos son en la obscuridad,
y las almas se embriagan en su seno sombrío
con el suave misterio de las noches de estío.
Yo aspiraba el aroma de las tierras fragantes,
la solitaria paz; y tras unos instantes
en que muerta la brisa familiar se creyera,
sentía estremecerse todo el silencio fuera;
de pronto, propagándose lo mismo que una onda,
un suspiro alentaba, grande, de fronda en fronda.
Para el hombre interior, toda cosa mortal
tiene escondido un grave sentido espiritual.
Hoy vuelvo a recordar los pasados momentos
en que así, entre las sombras, mecí mis pensamientos,
y, anheloso tal vez por mi propio destino,
pensando en vuestro fin, ¡oh llamas!, imagino
que, al cogeros la noche, vuestra muerte refleja
una imagen del cuerpo cuando el alma lo deja...

Traducción de Enrique Díaz C.

II

Les rossignols chantain...

En la tumba de Orfeo cantaban ruiseñores.

El alma universal vibró en todas las cosas,
el mar muriente, lánguido, tuvo nuevos temblores,
igual que un pecho henchido de voluptuosidades,
y en su lomo de espuma, verdes mirthos y rosas
llevó como fragante carga hasta la ribera.
En el jardín del cielo ya no hubo claridades,
y en los bosques se oyó una voz lastimera.

En la tumba de Orfeo cantaban ruiseñores.

El polvo de los muertos se estremeció en las urnas
fúnebres; su rocío sacudieron las flores.
Todo tembló; en el aire latía ya la aurora
y el mar en una ola cariciosa y sonora
trajo hasta tierra el coro de Sirenas nocturnas.
En la orilla, y besado por la luna, un pastor
soñó que algunos labios posados dulcemente
en su flauta, cantaban melodías divinas.
Tierra y cielo se unían en un beso de amor,
y entre las vaguedades grises de las neblinas,
la gran canción al mar resonaba potente.

En la tumba de Orfeo cantaban ruiseñores.

Tierra y cielo se unían, como en la faz humana
el gozo se une al llanto. Yendo hacia la lejana
luna, blancas palomas bogaron por los cielos,
y el aliento de un fauno, anhelante de amores,
hizo girar sus plumas en azules revuelos.
Tibia brisa del mar se elevó acariciante
desde el umbroso bosque a la cumbre bravía.
Y temblaron los mármoles, porque en aquel instante
en que todo callaba, el ruiseñor seguía
en la tumba de Orfeo su canto funeral,
y el corazón secreto de la Naturaleza
en él hallaba el eco de la eterna belleza
que vibra entre las cuerdas de la Lira inmortal.

Traducción de Pedro Salinas

De la guerra

Suplemento para *Pandemonium*

Akur Bakir, desde su torre luminosa de basalto, interroga al sabio espíritu del Profeta con aire de profundo abatimiento, —los brazos caídos, los bombachos flotantes al leve alrecedo de la noche perfumada. —Todo calla. El mar da un tumbo, y a lo lejos, so-

aperece sin esculpir un Héctor solo en bloques mugrientos de los siglos.

Es la hora de las grandes repovociones. Por donde antaño Jerjes rugió triunfalmente con sus hordas pintorescas, ahora cruzan los modernos acorazados, imponentes, ma-

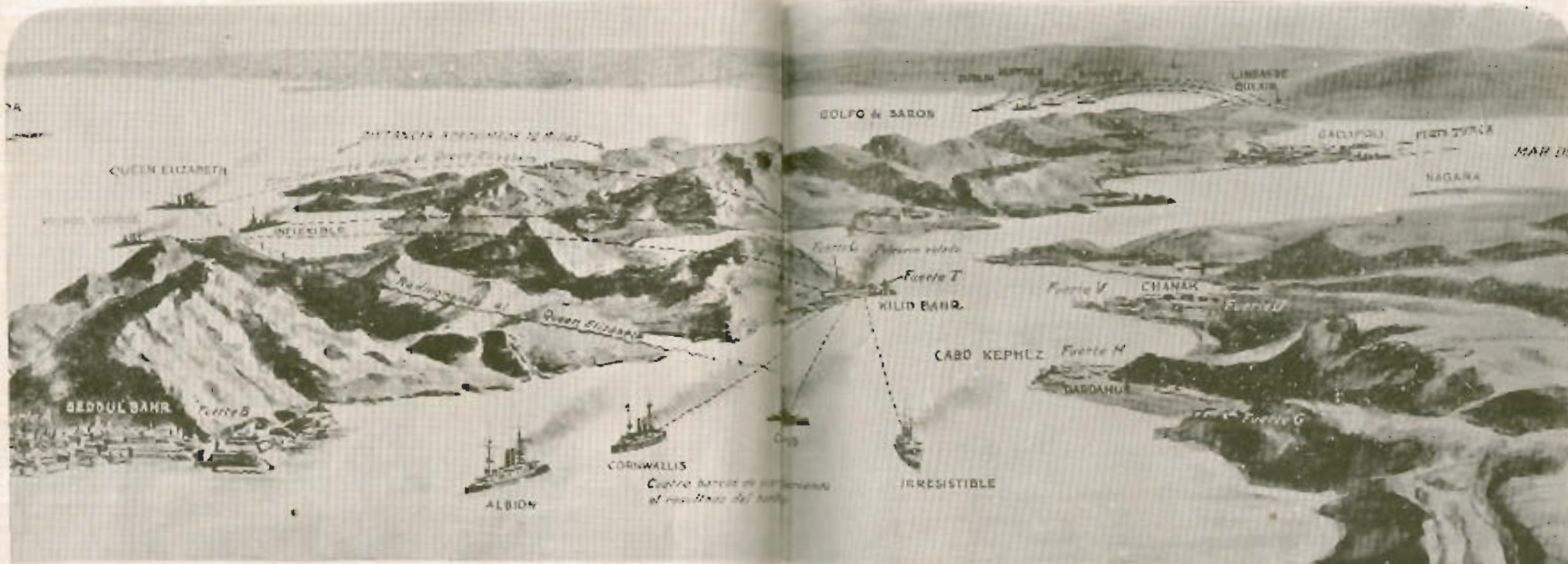


Gráfico demostrativo del ataque por fuego indirecto realizado por los acorazados ingleses y franceses contra los fuertes turcos emplazados en el Estrecho, y cuya acción se efectuó en la primera decena de Marzo, con gran éxito para los aliados.

bre el pelaje dorado de las olas, como el suspiro de los Mundos vibra la estepada canción de los cañones! Malbona calla. Es el silencio de la muerte. El alfange victorioso en las cargas fúnebres del Danubio, retrocede. La media luna, sobre los guilapos colgados de las astas, duerme como una ave cansada de esperanzas... mientras la sombra de John Bull ronda como un fascinero el misterio solemne de esta Troya, que des-

jectuosos, reclamando el imperio absoluto de estas aguas como tributo a sus rapñas.

Cuando la bandera de los pueblos victoriosos cubra este bravo milenario, por donde pasó durante tantos siglos la corriente vital de las civilizaciones idas, gozará de placer el gran oso blanco de las estepas interminables, porque ya no está solo en su nevada guarida. Como es agradecido, él pagará con creces este favor a sus aliados. Ahora el camino es

fácil, sin obstáculos, y la soberbia avalancha de sus cosechas, tanto tiempo retrasadas en espera de esta ocasión, va a engordar los graneros de Francia y de Inglaterra, que bien la necesitaban.

Akur Bakir tiembla en su torre luminosa de basalto, porque ha visto, a los lejos, sobre el pelaje dorado de las olas, la dolorosa destrucción de Seddul Bahr y el desembarco de dos ejércitos de bribones, que caminan paralelamente a ambas orillas del estrecho

los más grandes, más imponentes—el *Queen Elizabeth*, el *Prince George* y el *Irresistible*—despedaza con sus cañones, desde la costa occidental, los fuertes de Hillud Bahr, cuya destrucción observan otros de sus navios desde el centro del estrecho, los que hacen por radiogramas toda clase de observaciones a fin de que los efectos sean mortíferos.

Y mientras rugen estos cañones, soberbio e incomparable, como si fuera la erupción de

querido. El uno, que apoderándose de la región santa de Kinkalek amenaza Dardanus y Chanak; y el otro, ¡maldito! que desde Cabo Helles marcha sobre las colinas sagradas de Sarı Bahr.

John Bull es mudo. John Bull rompe los peligros, y por eso va rastreando cuidadosamente las mías que el misterio temor de los *divinados* sembró para consolidar el reino torrencial del gran Profeta, mientras en bar-

nil Vesulios, Akur Bakir, el melancólico moacín, desde su torre luminosa de basalto repite, con un resto de dulce esperanza: *«¡Allá es grande en el cielo y en la tierra!»* El mar da un tumbo y las banderas lejanas de la media luna, se doblan como aves cansadas de esperanzas...

Paúl Rodin

Emociones de la Guerra

Por Pablo Oscar Hosker,

escritor alemán y Comandante de una compañía que opera en Bélgica

Traducción especial para Pandemonium

...A nuestra llegada, y en el momento de abrir el portón de la cerca, se escapa un mozuelo hacia el bosquecillo vecino. Salto en persecución suya, pero los altos setos de espinos, corrientes en esta regiones, me lo impiden. Llamamos en la casa, y una mujer aparece a la puerta. ¿Está Vd. sola? le preguntamos.—¿Sola? No, tengo una hija de 15 años.—¿Y nadie más? Vacilando añade que también su marido. Los soldados entran y lo sacan. El teniente hace preparar las armas y manda a los dueños de la casa que se coloquen contra el vallado del huerto. Los exhorto de la manera más conmovedora que puedo a que entreguen todas las armas que tengan aún. El viejo jura no haber poseído jamás una. Su hijo, dice, está fuera hace ya varios días. ¿Posee algún arma de fuego? Los tres levantan la mano en señal de juramento para decir que no, que es un hombre pacífico y que no ha tenido jamás un arma en la mano. Y, sin embargo desde estos setos se han disparado con frecuencia tiros sobre nuestras tropas. Vamos a registrar la casa de arriba a abajo. Por última vez advierto a sus habitantes: ¿Saben Vds. que toda persona civil a quien se encuentre aún armas en su poder tiene pena de la vida?—Nosotros no tenemos armas, vuelven a decir. Y los soldados se distribuyen por las habitaciones y las bodegas, graneros y establos; revisan el huerto y sus inmediaciones y buscan las señales de reciente escavaciones. Las bocas de los fusiles, con las bayonetas caladas, apuntan a los tres habitantes de la casa, que resisten con entereza mi mirada.—¿Quién era el joven

que se ha escapado antes de su casa? pregunto al viejo. ¿Tiene Vd. aún alguna confesión que hacerme en los últimos momentos? El viejo junta las manos.—No, señor oficial. Como hombre de 72 años, lo juro... Y aquí acontece lo espantoso. Un cabo y uno de los soldados sacan de la casa, medio a rstras, a un mozuelo que han encontrado en el granero, oculto entre la paja, con un fusil belga en la mano, cargado con cinco cartuchos. ¡A cuantos de nuestros soldados habrá apuntado en la cabeza o en el pecho desde la tronera de su granero! El mozo tiene que alzar los brazos. Vacilante y pálido como la muerte está ahora de pie ante nosotros. ¿Quién es este joven? le pregunto al viejo. Los tres han caído de rodillas, como golpeados de un rayo, y prorrumpen en lamentaciones. La mujer grita: "Es mi hijo, por amor de Dios, le van Vds. a matar"... Y la hija llora que parte el corazón. El apresado trata de escaparse, pero los soldados lo sujetan y lo colocan contra el muro de la casa.

Tengo que representarme muy a lo vivo las figuras nerondas, los ojos lucientes de nuestros buenos jóvenes alemanes, para no perder el imperio de mis nervios ante tantos lamentos y no dejar de cumplir la orden. "Será fusilado" digo. A ver, tres hombres. ¡Preparen—trinas!

Y de los tres soldados—los tres son padres de familia, dos berlineses y un labrador—no hay uno que pestañee siquiera. Esta es una causa justa; el miserable no merece compasión. Los fusiles disparan. El cuerpo vacila, cae y queda inmóvil en tierra. En la blusa

azul se ven tres agujeros diminutos. Los ojos están cerrados; la cara no ha cambiado ni aún de expresión. Nuestros fusiles matan sin dolor.

El tuno del viejo merece que le quememos la casa entera, opina el cabo.

¡En marcha! doy yo entonces la voz de mando.

Y los tres habitantes del cortijo continúan postrados de rodillas, mientras el muerto yace en tierra junto al muro...

Los musgos

Por John Ruskin

Traducción de la dulce Cermén Fira.

Hemos encontrado belleza en el árbol que produce un fruto y en la yerba que produce un grano. Qué decir de la yerba sin grano, de ese líquen de roca, sin fruto, sin flor? Qué decir del líquen y de los musgos? Aunque ellos sean en su exuberancia frondosos y ricos como la yerba, permanecen, sin embargo, para la mayoría de las gentes, como las más humildes cosas verdes que viven.

Humildes criaturas (primeros dones misericordiosos de la tierra, son como un velo de silenciosa blandura puesto sobre la desnudez de las rocas monótonas! Criaturas poseídas de piedad, tienden sobre la desgracia de las ruinas un extraño y tierno ennoblecimiento, posan sus dedos tranquilos sobre las viejas piedras vacilantes para enseñarles el reposo!

No conozco palabras que puedan decir lo que son estos musgos. No las conozco bastante delicadas, bastante perfectas, bastante ricas. Cómo hablar de las redondeces esmeraldinas, frondosas, resplandecientes; de las estrellas con florescencias de rubíes, con un bordado tan fino que se diría que los espíritus de las rocas pueden hilar el pórvido como no-

sotros lo hacemos con el vidrio; de las redecillas de plata entremezclados a través de cada fibra en un bordado de seda tornasol, espléndida y caprichosa; y sin embargo se mantienen tranquilos y recogidos y formados únicamente para las más dulces y más sencillas obras de misericordia. Ellos no serán recogidos como las flores, para guirnaldas o prendas de amor, sino que el pájaro silvestre con ellos hará su nido y el niño fatigado su almohada.

Y así como fueron el primer don misericordioso de la tierra, también serán el último. Cuando todos los otros servicios de las plantas y de los árboles nos sean inútiles, los musgos delicados y el líquen gris comenzarán entonces su fúnebre vigilia en torno de la piedra sepulcral. Los árboles, las flores, las yerbas que ofrecen sus tributos, cumplen su misión por un tiempo, pero ellos la realizan eternamente. Árboles para el depósito del constructor, flores para la alcoba de la desposada, trigo para los graneros y musgos para la tumba!

(The modern painters).



ROGELIO SOTELA

Estadístico poeta, que ha hecho de su corazón una campana de cristal, tan transparente, que más deja ver hasta sus emociones más recónditas.

El Corazón del Poeta

por Arturo García Solano

Majestoso jardín que en la paz del momento
asombró al alma con las voces del viento,
y que guarda el sencillo milagro de una fuente
maná como la ovaja que ha vivido el ambiente
familiar de los ríos. Jardín silencioso
podría morir igual.

El haz que vino
de las tibias ocultas, el azul sereno
que viste las madamas y el capó luminoso
del acaudalado, en su boca aromada
misan como papilas de una niña encantada
que viviera en las formas de otras tantas mujeres...
Y como sabe atrair las cosas y las otras,
en la palma desnuda de sus venas divinas
desflorece amorosa las dulces gotulinas
que volando en los aires el vellón de sus albos
simulan coruscaciones que coronan fatigas!
Y bandadas brillantes de aves mariposas
emergen de la paz de sus acuos horizontes,
que al subir volutantes en la azarosa del viento
serán mañana óves en el jardín del cielo...
... Y cuando a menudo, que en las noches serenas
observas a miradas y a milidas verbenas,
corre con pies ligeros hacia la fuente abierta
la espiritual figura de San Melanolla...
Y es un cuadro divino mirar la dulce Hermana
surverear con la fuente de... la cosa más vana!
Para Ella solamente los árces del encanto
guardaban los tesoros de su fascinamiento,
y las aves y el agua y las venas mariposas
la quieren porque es buena como los mismos ríos.
Como para esta vez lo que la fuente sabe
es un CUENTO DE ROSAS, que con inocencia y grave
sencillez va a contar a la vilida Hermana
cual! entiles árces vuestra charla pagana,
que arrojada escucha sobre la fuente sencilla
la espiritual figura de San Melanolla.

Un cuento de las rosas

por Rogelio Sotela

Esta mi buena amiga Eleonora Valverde

Eran, por los jardines y entre los surtidores
las dos hermanas como dos buenas alegrías.
La mayor, que cuidaba con amor de las flores
y la otra, la pequeña, de sus garrulerías.

Una tarde, jugando como las mariposas,
la pequeña corría con infantil anhelo
mientras que, sin pensarlo deshojaba dos rosas
que dejaban regueros de blancura en el suelo.

En tanto la hermanita que las flores cuidaba,
la mayor, esa tarde con su fe más divina,
canturreando un halago silenciosa sembraba...
y al sembrar, en sus manos hizo sangre una espina.

Fué un ala hecha de seda que se tiñó en la pulpa
para exornar las rosas de tonos imperiales.
Fué una hostia desagrada para librar su culpa,
la culpa de ser buena con todos los rosales.

Sucedió aquella tarde, que a la hermanita pequeña
no quedó sino el tallo de las rosas ya muertas,
y volvió muy triste la que enantes risueña
por las eras corría con las rosas abiertas.

Se acercaba mohína, compungida y llorosa
a decirle la pena de su loca alegría,
a contarle a su hermana que la más liada rosa
se quedó en el camino mientras ella corría.

Y al mirarle las manos salpicadas de rojo,
se olvidó de su pena por la rosa, y sencilla,
reconoció a la hermana con un gesto de enojo,
con el gesto enojado de una loca chiquilla!

Volvió entonces la hermana su mirada serena
hacia el rostro enojado de la cándida loca,
y sonrió con el modo que sonrre una buena
hermanita que tiene mucha miel en la boca.

Y con voz, la más dulce que hasta entonces oyera,
a la hermana pequeña que lloró por las rosas,
asiéndole las manos le habló de esta manera:
«Hay que tener un poco de amor para las cosas.»

Tú rompiste las rosas cual se rompe un encanto
y después, por tu pena, te volviste mohína...
Pero luego ocultaste tu pesar y tu llanto
al mirar los rubíes que me diera una espina.

Te enojaste conmigo, pero yo, sin embargo,
para tí no he tenido la más leve amargura;
porque sé que en la vida se nos muestra lo amargo
para hallar en lo amargo una inción de dulzura.

Mientras tú por las eras como loca corrías
deshojando las rosas que cuidaban mis manos,
yo sembraba pensando en tener rosas mías,
muchas rosas, que fueran como son los hermanos.

Si esta tarde en mis dedos hubo sangre, el remedio
—a manera del sándalo que ennoblece sus males—
se abrirán muchas rosas de alabastro en mi predio
y tendré por mi sangre, los más rojos rosales.

Y después, sonrreída la que dió sus agravios,
la hermanita pequeña que lloró por las rosas,
dijo así, con un gesto de candor en los labios:
—Buena hermana, ya siento mucho amor por las cosas!..

La santa

Por Luis C. Huertos

Notable escritor español, quien al enviarnos el presente cuento,—obra bellísima que da idea de sus magnas facultades,—ha aceptado nuestra representación en Madrid.

Antes de entrar se detuvo, mirando furtivamente a la calle, como temerosa de haber sido vista. El lacayo abrió la mampara de gruesos cristales biselados en cuya superficie ostentábanse, deslustradas, las cifras de la casa bajo la ducal corona, y dejó pasar a Isabel Ana, sonriéndole con ese gesto indefinible, mitad irónico saludo, mitad humillante compasión, que inspiran a los viejos sirvientes los parientes pobres de sus amos...

—¡Buena hora de recogerse, señorita Isabel Ana!

—Calle usted—ordenó, imperativa y preguntó:—¿La señora no se habrá levantado todavía?...

—Naturalmente que no se ha levantado la señora—respondió reticente.

Se mordió los labios por no contestar. ¡Estaba tan acostumbrada a tales insolencias!

Isabel Ana abrió la escalera muy aprisa, saltarina y nerviosa, apoyándose en la punta de los pies. Bajo el negro gorrito de piel que le cubría casi hasta las cejas, el rostro, muy pálido, se enmarcaba por las crespas marañas, de oro viejo, de la cabellera despeinada.

Al llegar a la meseta descansó. Tuvo un brusco movimiento de calor que transmitió a todo su cuerpo una vibración e hizo tintinear las medallas de la cadena que pendía de su garganta, y escurrió el agua recogida en el abrigo por la persistencia de la lluvia, finísima como orboyoy, que sobre Madrid caía desde el amanecido.

Apercibió el llavín y abrió, cautelosamente, la puerta del piso. La tibieza perfumada de la antecámara le dió en el rostro como una plácida caricia

de hogar. Lentamente, de puntillas pánico hacer ruido, tactando en la obscuridad que las ventanas, manteníanse cerradas aún, Isabel Ana dirigióse a su departamento, contiguo a las habitaciones de prima Teresa. Tras la entornada puerta del dormitorio, la prima dormía aún.

Isabel, en su alcoba, sintió huir ahuyentadas por la triste luz mañanera de aquel día de febrero, todas las inquietudes sufridas desde la noche anterior en que su propia caridad, más que la altanera exigencia de la prima, le había obligado a correr junto a la cama del enfermo, solitario en la fría baraunda del hotel, para velar con solicitud de enfermera el crítico amodorramiento de la fiebre.

Destocada del sombrero, Isabel Ana se hundió en el mullido regazo de la butaca que ante el balcón había, y esperó a que Teresa se levantara.

El Prado, solitario en aquellas primeras horas de la mañana, se atería bajo el frío de la invernada. Las largas filas de árboles escuetos, recortados sobre el fondo gris denso del cielo, cabeceaban lentamente escurriendo, por la seca maraña del ramaje, las gotas de la lluvia. Cruzaban veloces, envuelto en el livor amarillento de sus luces, los tranvías que elevaban en el silencio la vibración de sus campanas. Silbaba, a lo lejos, una locomotora.

La frontera línea de edificios, cerrados de ventanas y balcones, levantaban en Isabel la triste impresión de ser la única pobladora de aquella ciudad vacía y en su mente acrecentóse la visión clara de toda su soledad en aquella casona que la forzada caridad de tía Mercedes, le hubo de ofrecer a

raiz de la muerte de su madre y en donde la marchita juventud de la huérfana transcurría con el fastidio de un bostezo, y la inquietud de una intrusa, bajo la rigidez severa y adusta de la tía, y la caprichuda y altanera condición de prima Teresa que tenían para la desvalida mujer, aquella sobrina política de marido muerto, todas las impertinentes altiveces de su condición y de su rango.

Ante los ojos anchos y profundos de Isabel Ana, que se aquietaban en una mirada obsesa, como abstraída en la contemplación de recónditos pensamientos, fué desfilando, ahora, toda su vida presente abrumada bajo el peso de tanta humillación. Y la crisis sentimental, que la febrilidad nerviosa del insomnio provocara, tuvo, en aquellas horas silenciosas y tristes de la mañana invernal, un florecimiento de lágrimas que fluían de los ojos, mansamente, humildemente, y corrieron, hilo a hilo, por sobre la blanca palidez del rostro, hasta amargar los labios entreabiertos en un suspiro que no acababa nunca...

—¡Isabel Ana!

Volvió la cara. Era la prima. Ante ella, Isabel, excusó:

—No he querido despertarte. Vine hace poco. Sin responderle, preguntó:

—¿Cómo estás?

Tuvo un generoso instinto de mentir. Teresa, impaciente, golpeó el suelo con el pie.

—¡No oyes, hija! ¿Cómo está?

Aún no quiso hablar, vacilando la réplica. Pero Teresa, exaltada en la violencia de su carácter:

—¡Cuidado, Isabel Ana, estás estúpida de pura boba!—exclamó.—Con-
testa de una vez.

Y, fríamente, como gozándose en el dolor que sus palabras produjeran, Isabel tuvo, en revancha de la injuria, la cruel voluptuosidad de toda la verdad.

—Mal, muy mal—explicó.—La noche la pasó con fiebre muy alta. Los médicos no se apartaron de la cabecera y han convenido en la urgencia de telegrafiar a sus padres. De madru-

gada fué preciso apelar al gorro de de hielo, porque según el doctor Ribalta, el ataque cerebral es inminente...

Algo más quiso decir, colocada ya en el camino de tortura emprendido, pero le contuvo la atormentada actitud de la prima que rompió en un sollozo:

—¡Dios mío! ¡Virgen de mi vida!

Y la vió salir llorando, vencida por el brutal mazazo que la trágica revelación había descargado sobre el sagrario de sus ilusiones, mientras Isabel Ana sentíase ahogar en una ola de arrepentimiento y sus labios se fruncían con el rictus siniestro de una sonrisa de vengadora.

Sola de nuevo, Isabel, cayó sentada sobre el lecho, sin deshacer, una pierna sobre la otra y el rostro apoyado en la palma de la diestra, mientras mordía la yema de los dedos en un recóndito sentimiento de cólera hacia su propia crueldad.

Meditaba. Todo su presente, evocado por no sabía qué sortilegio, se most^{ra}b^a a su consideración aumentando el pavoroso misterio del futuro, si la amenaza de tía Mercedes llegara a realizarse, siempre que toda la voluntad de Isabel Ana no se sometiera, anulada y desaparecida, ante la firme voluntad de Teresa. Y en más de una ocasión, cuando tras la violencia de una escena que la irritabilidad de la prima había provocado, doña Mercedes llegaba, intercesora, la huérfana sintió la dolorosa oleada de la vergüenza ascender hasta sus mejillas y romper en lágrimas, bajo la voz de la tía que reñía hurafía:

—¡No te permito, ¿lo oyes bien, Isabelona? No te tolero que así violentes los deseos de Teresita. Es mi hija... lo único que tengo en el mundo... Y no es cosa de que tú vengas de la calle a perturbar la tranquilidad de por quien diera la vida si con ella allanara los obstáculos de su camino.

Y la madre, en el sagrado egoísmo de una maternidad que era infamia, salía con la hija, que fingía pensadumbre, mientras comentaba a manera de caricia:

—Déjala, hija mía, no le hagas caso. ¡Demasiado trabajo tiene con no saber agradecer cuanto hacemos por ella!...

Pensaba Isabel, y, a despecho de cuantas negruras presintiera en su futuro, experimentaba una honda, íntima sensación de reproche en la que la voz de la casta se elevaba en implacable demanda de rehabilitación al honor maltrecho. Y en su alma, rebelada con esa firme rebelión de los débiles que se deciden por suprema cobardía, se grabó la decisión inquebrantable de huir, de irse de aquella casa, de abandonar aquel hogar en que, desde su llegada, fué dejando girones de la propia dignidad en un trágico duelo a muerte entre la necesidad de vivir y la enorme miseria que la vida le mostraba; alejarse de aquella casa donde en los semblantes de señores y criados veía la huérfana el gesto de una hostilidad, que era cansancio de la carga, en doña Mercedes; que era rivalidad de belleza y juventud, en prima Teresa; que era altivez cínica y soez, en la servidumbre.

Se interrumpieron sus ideas a la nueva entrada de la prima que llegó precipitadamente.

—¡Isabel Ana!...

Teresa se llegó hasta ella, se aproximó mucho. La constante audacia del gesto altanero habíase trocado en una sumisa expresión suplicante. La acritud imperiosa de su voz se había dulcificado en más tiernas inflexiones. En toda ella dejábase ver una dolorosa actitud de abatimiento que se acercaba contra Isabel Ana en una plegaria muda.

Asombrada la prima por tan insólita mutación, repetía:

—¡Teresa!... ¡Mujer!... ¿Qué te sucede?

En aquel momento la bondad de su alma de mujer ungióse de ternura. Y una honda satisfacción del propio egoísmo acariciado se elevó de su íntimo y floreció en una tenue sonrisa al verse solicitada de auxilio por aquella mujer, dominadora de siempre, que ahora lloraba junto a ella.

—Por tu vida, por cuanto quieras en el mundo, por tu madre, Isabel Ana... ¡cállalo todo!

—¡Eh!...—hizo, sin alcanzar la petición.

—Mamá ha sabido lo que has hecho... Se lo dijo el portero, lo confirmó la doncella... ¡Calla tú, por Dios, Isabel! Que no sepa mamá donde estuviste...

—¡Pero!...—arguyó la prima.

Y Teresa, sin dejarla hablar, se abrazó fuertemente a la prima y cogiendo entre el temblor convulsivo de sus manos, la cara sorprendida de Isabel Ana, murmuró con voz que era dolor de despedida, apecatamiento inefable de presentidas felicidades:

—Si hablaras, Isabel Ana, ¿qué se-
tía de mí, qué de este loco cariño que le tengo y al que tan ciega oposición hace mi madre?... ¡Si tú supieras lo que es este querer con toda el alma!

Isabel Ana la rechazó suavemente, esquivando su cara a los besos con que la prima quería arrancar la plena concesión del silencio, silencio de afrenta que había de hundir a la inocente en el vergonzoso misterio de una noche pasada fuera del hogar...

Teresa junto a la prima, observa en suspenso la inmutabilidad de Isabel que, cerrados los ojos, la boca contraída en un frunce de amarga zozobra y la cara erguida, callaba como en atención y escucha de alguna misteriosa relación que de lo alto caía sobre el palor radiante de la frente, elevada en aquel instante, como una eucaristía de sacrificio... o de liberación...

—¡Isabel Ana!

Lentamente abrió los ojos. Doña Mercedes, en el umbral, la miraba con toda la fendiente altivez de su orgullo, reflejado en sus pupilas torvas y acusadoras. La hija, temerosa por la llegada de lo inevitable, se ocultó tras la prima que, en aquellos instantes, era para ella amparo y refugio.

—¡Isabel Ana!—volvió a farfullar doña Mercedes.

—Tía—dijo, al fin, Isabel, con voz que tenía firmes acritudes de reto.

Las dos mujeres, frente a frente, se

LA PASCUA NAVAL



La solemne misa pascual a bordo de un acorazado francés.

miraron a los ojos. Y de ver era la fijeza fiscalizadora de doña Mercedes, frente a los ojos claros y serenos de la acusada, que mantenía la mirada con una fijeza de calma, tan grande, que era paz interior, heroica tranquilidad de martirio, que era, también, sagrada decisión al último sacrificio...

Doña Mercedes, implacable, acusó en imperiosa exigencia:

—Es preciso—repetía,—es preciso, Isabel Ana, que lo confieses todo. Me lo dijeron los criados, lo veo yo en el orden de las ropas de tu cama... Dónde estuviste y..., ¡qué fué de tí!... Habla, responde, ya que tuviste la ingratitude de hacer caer sobre esta casa, que debió serte sagrada, toda la vergüenza del deshonor...

No contestaba. Aquel era el momento en que había de resolver la orientación de toda su vida. La acusación, certera como un floretazo, le dolió en el corazón y hendía la blancura impoluta de su alma con la buida daga de la sospecha humillante. Vaciló. Fué a defenderse, a gritar, a exigir con todos los bríos de la dignidad ultrajada un poco de respeto o un poco de piedad.

Miró a la tía, claramente, altivamente. Junto a la madre, prima Teresa rompió el difícil silencio.

—Madre, madre—suplicaba,—perdona a Isabel Ana...

Y se abrazó, llorando, al cuello de la martirizada. Fué entonces cuando la indignación de doña Mercedes, roto el dique, puso el epílogo de crueldad. Bruscamente, se interpuso entre las dos mujeres y separándolas, barbotó, exaltada como en un vértigo de repugnancia.

—No, hija mía; eso no. Déjala sola. Ven. Que no es bastante la bondad de tu corazón para que te contagies de tanta vileza...

Y encarándose de nuevo con Isabel Ana, concluyó, solemne y vertical, como una anatema:

—Porque tu contacto mancha... ya, Isabel; porque tu presencia repugna en esta casa, donde fuiste querida como una hija, cuando no merecías más

consideración que una mujerzuela... y donde no debiste volver nunca...

La dura frase silbó en su rostro como un trallazo.

—¡Tía! ¡Teresa! Un poco de piedad, que no fuí tan mala... ¡Dios lo sabe! Y mi madre, desde el cielo, lo sabe también. ¡Madre mía...!

Rompió a llorar desconsoladamente como perdida en la inmensidad trágica de la vida, y cayó tronchada sobre el lecho, la cara entre las manos y la cabeza hundida en los almohadones, bajo la mirada señera de doña Mercedes, que repitió:

—...Y donde no debistes volver nunca. ¿Lo entiendes Isabel Ana? Porque donde pasaste la noche has debido quedarte para siempre... ¿Lo entiendes, Isabel Ana?

* * *

Tras la vidriera, Isabel Ana, aquietada en esa calma trágica que precede a las grandes decisiones inquebrantables, se abrumbaba en recónditas meditaciones. Durante todo el día, desde la hora en que sintió pesar en su frente el estigma siniestro que sobre ella cayó desde los labios de la tía, su alma, ungida en la desesperada fortaleza del dolor, tuvo la rápida visión de su estado actual, lejos de la vida que, para ella, jamás cantaría en un solo momento de felicidad; apartada de cuanto fuese dulce apaciento del espíritu; rota toda esperanza, sin que jamás entre las densas neblinas del futuro, viere surgir la piedad de unos brazos que se tienden en ofrenda de amparo; ni el cielo negro de su horizonte fulgiera la luz de amor de unos ojos que fueran faros de ilusión...; ni en la fronda marchita de su jardín floreciere la flor de una sonrisa; ni en el gélido ambiente de su hogar, vacío de amores, encontráse la dulzura tibia de un pecho donde reposar el dolor de su frente, blanca y marfileña como una hostia que esperaba la consagración de un beso que no llegaba nunca...

«No mereces más consideración que una mujerzuela».

Sintió la inaplazable decisión de hablar claro, de contarle todo, a despecho de desgarrar con la confidencia, los anhelos de amor que vivían en el alma de prima Teresa.

Aprisa salió de su departamento, atravesó el pasillo, cruzó la antecámara y llegó a las habitaciones de la tía.

La doncella le salió al encuentro.

—La señora—dijo—salió esta tarde con la señorita Teresa.

Le abatió una gran desesperanza. A los momentos de decisión sucedía, ahora, la clara evidencia de su estado. Más la lógica enorme aplastó todo razonamiento de esperanza. No fué, lo acaecido, sino explosión de la esquivo pesadumbre con que su presencia fué soportada por la tía. Y en la generosa e hidalga complexión de su temperamento se grabó, al fin, la norma exacta de su deber. Y su propio honor mancillado—del que sólo la duda fuera mancillada—buscó el desquite a costa hasta del propio egoísmo, derrotado ya. Que bien bastaba, a tanta humillación sufrida, el orgullo de mostrarse generosa ante los ojos de la prima, a la que prodigaba el auxilio de su silencio.

Por otra parte ¿tenía ella derecho, sin caer ante su propia conciencia en abominable pecado de crueldad, a truncar la felicidad de Teresa, encarnada en aquel noviazgo al que la sórdida condición de tía Mercedes oponía la barrera tenaz de su intransigencia?

Salió a la calle. Un frío penetrante le acuchilló el rostro, haciéndola lagrimear. Anduvo unos pasos y volvió los ojos. Tras el cuadro de oro de los

balcones iluminados, la figura de la prima recortaba su silueta en vencida actitud de pesadumbre.

Era el dolor, que sobre ella batía también sus alas; que era ley de vida no evadirse del trágico contagio...

Y en un reflorecer de tardío cariño, supo sentir la indulgencia que merecía aquella pobre niña débil, caprichuda y vacua que se consumía de amor por un hombre, hacía el que no supo sentir el heroísmo de cederle a despecho de las férreas ligaduras maternales...

Después, siguió andando, sin rumbo fijo, sin saber a dónde...

Flaqueaban su voluntad y sus músculos... Aún continuó. Iba hacia adelante, hacia donde el azar la empujare, romera de dolor, sin mano que fuere guía ni labios que le ofrecieran consuelos de peregrinación.

Iba allá, hacia la abyección o la santidad, hacia la risa o la miseria que, en aquella hora solemne del destino era, para la huérfana, sombra y enigma impenetrable.

Vacilaba como ébria y hubo de arrojarse a un árbol por no caer. Miró en todas direcciones. La calle estaba solitaria bajo el frío de la lluvia...

Y fué entonces cuando, sola y perdida en la inmensidad de la noche, sintió todo el desconsuelo de su abandono agolpearse a su frente, oprimir su pecho y apretujar en su garganta con un hipo convulsivo... Sus manos, crispadas, se tendieron al vacío como en impetración de misericordia y se abrazó al árbol, llorando con sollozos que eran vagidos de niña que busca cobijo en el regazo de la madre ante el miedo pavoroso a lo desconocido...

"Pensar con la cabeza"

Por Jenaro Valverde S.

Un día fué una querida y venerable cabeza cana abrumada por el tropel de tantos años que sobre ella cayeron como golpes de martillo sobre un yun-

que; otro día fué la prosa nutrida de un anodino infolio, grueso como una Biblia y que tenía la pasta carcomida; ayer fué el señor Cura de la Parroquia

de mi pueblo, desde la tribuna sacra que está a gran altura del suelo; esta tarde fué una dulce viejecita, la que me habló cuando yo salía por el agujero de mi buhardilla, anudándome mi corbata hecha hilazas, en busca del aire de la noche para mis pulmones lamentables; hace un instante fué una encantadora ami guita que dialogaba conmigo...

Todos me dicen lo mismo:

«Hay que pensar con la cabeza y no con el corazón».

Yo, pobre ingenuo de la vida, oigo temeroso ese conjuro. Y esas palabras tienen para mí un eco raro que me mortifica. Algo así como la mortificación que causa la voz del patrón salchichero cuando nuestros ensueños nos han hecho distraernos un tanto de la vulgaridad del yunque y de la fragua; algo así como la voz de aquel D'Argenton de Daudet cuando decía al pobre Jack: «*La Vida no es una novela*».

«Hay que pensar con la cabeza».

Yo, no puedo. Tú, hombre del caballo oscuro que pasas; tú, militar pintoresco; tú, señora respetable; tú, señor Tesorero de la Junta X; tú, señorita aristocrática... Pensad todos con la cabeza. Yo, no puedo.

Yo pienso, sí, con la cabeza cuando hago una carta-diché para cualquier mercachifle; cuando aduno en un total, inflexible como la expresión de un millonario yanqui, una serie de cantidades escuetas; cuando en el cajón de un portal burgués veo tiritar de frío, en la madrugada, al miserable limpia-botas que tiene una madre tísica y una hermana prostituta, mientras yo que vengo del teatro paso conturreando el aria final del segundo acto; cuando mi hermanita de dos años se me acerca para que la bese y yo recuerdo que mis labios tienen el veneno de mil besos ponzoñosos y están irritados por el licor y el tabaco; cuando veo que el sol deja caer su pompa desdeñosa sobre tantos esfuerzos muertos, sobre tantos vencidos, sobre tantos irredentos para quienes hace falta la llegada de un nuevo Cristo, menos

cobarde o más malo, pero un Cristo nuevo...

Entonces pienso yo con la cabeza.

Pero cuando diluyo la fiebre de mis ocios en divagaciones ilusas; cuando continúo hilando el interrumpido cuento de hadas de mi infancia; cuando escribo lo que se escribe sin salario, fuera del taller fatigoso donde se compra nuestro esfuerzo, lo que se escribe allí sobre una mesa desvencijada, en una atmósfera sin aire pero donde la pluma puede tener santas blasfemias y puras impiedades, donde el pensamiento se riega inmensamente, orgiásticamente, donde el alma tiene palpaciones de pétalos y vibraciones de acero toledano; cuando contemplo al sol y al gusano; cuando te hablo a tí, amada dulce; cuando estrecho con cariño vuestra mano franca y como una ánfora os brindo el corazón, amiga noble, amiga de la rosa blanca; cuando amo; cuando odio; cuando recojo vuestro guante, adversario; cuando hago restallar mi látigo en vuestro rostro, villano; cuando os maldigo y cuando os bendigo, Dios, y a vos también Satán; cuando el Mago de Rubén canta; cuando el formidable Lugones hace temblar convulsivamente al Ande con la profundidad de su pensamiento; cuando Wagner desata la tempestad y Litz arrulla y Bethoven enloquece...

Entonces, viejecito venerable, libro respetable, señor Cura de la Parroquia, amiguita encantadora, entonces, aunque siento mucho no estar de acuerdo con vosotros, yo no puedo pensar con la cabeza.

Vil cerebro que medita en el mañana y que me recuerda lógicamente, que hoy sólo tengo unos céntimos en el bolsillo; que mañana tendré que pagar al boticario, que tengo propensión a la apendicitis; que mi corbata se sigue deshilando; que tú no puedes amarme...

Noble corazón, impulsivo y loco, hirviente de sangre tropical: no me arrepiento de seguir tus impulsos; eres fuerza inconsciente, loca, ingenua, pero fuerza de sentimiento siempre. Nunca fué de tí, noble corazón, de

donde brotaron mis maldades. Cuando he sido malo, cuando he sido falso, ha sido por cálculo vil del cerebro que medita, que suma, que resta, que saca saldos al espíritu, saldos de a tanto por tanto.

Es verdad que estas imprevisiones impulsivas pueden tener la fatalidad de un mal irremediable que nos haga lamentarnos toda una vida sobre las ruinas de la Felicidad que nosotros mismos destruimos; es verdad que muchas veces nuestro gesto de nobleza que anima a la intención se manifies-

ta grotescamente o trágicamente; es verdad que el corazón es ciego; pero yo prefiero acogerme a «sus palpitaciones cuando la complejidad de la Vida resta luz a mi razón.

No importa que se me llame débil. Yo bien sé que mi armadura en la batalla de la Vida no es de acero. Seré un vencido quizás. Pero me cabe la satisfacción inmensa de haberme vencido yo mismo, con mis fuerzas mismas, con mis propios vicios, con mis pasiones puras, con los puñales que yo mismo fabriqué.

La catástrofe del «Lusitania»

Por A. del Monte y Torreblanca

El inexorable juicio militar reza: «en la disyuntiva inevitable, no se pospondrán las necesidades de la guerra a principios humanitarios», háse cumplido esta vez en forma la más cruel y despiadada que registran los anales de esa horrible campaña de exterminio que se libra en el Viejo Mundo.

Mil doscientos seres inocentes han perecido por consecuencia de aquel designio bárbaro.

Y la Humanidad, ofendida en sus más caros sentimientos vuélvese airada sobre la conciencia universal, que permite tal escarnio a su civilización, amparada por las divinidades todopoderosas. Clama por el Don arbitral omnisciente que guía nuestros destinos al infinito, para que intervenga en pro de los derechos divinos; pero la omnipotencia es inescrutable y deja al hombre, torpe y vanidoso, que niegue su científica organización, y lo deja desmentir su preponderancia racional, mostrándole que ignora el valor integral de la Especie, y es insensible al instinto animal de la conservación autoindividualizada...

*
* * *

Con el «Lusitania» han desaparecido hombres de ciencia, artistas, millonarios, negociantes, mujeres y niños, todos ajenos al inicuo pugilato que se desarrolla allende los mares.

En New York se les advirtieron los peligros del viaje: más ellos creían que su neutralidad era refugio inviolable. ¡Desdichada confianza! Las necesidades de la guerra se anteponen a todos los derechos habidos en nuestra cultura!

El teutón, encerrado por doquier, necesitaba dar un formidable ejemplo de resonancia universal, que evidenciase el tremendo poderío de sus armas, quebrantando el prestigio de libertades gozadas por su enemigo, de las que él había hecho absoluta prohibición; y el enorme barco, abanderado con la enseña roja del inglés, se hundió despedazado en nombre de las necesidades de la guerra; razón suprema, indiscutible!...

Nosotros dedicamos piadosos recuerdos a la memoria de aquellos mártires, y hacemos votos por su bienaventuranza eterna, y en pro de nuevas orientaciones que rediman a la Humanidad de las vergüenzas que hoy la afligen.

BOSQUE ARTIFICIAL



La sugestiva idea de convertir una sección de la Sabana en uno de estos hermosos bosquecillos, ha tenido en la opinión de esta ciudad la acogida más cordial.

Amuleto

para Albertazzi Avendaño.

Tal vez en una mañana,
llena de luz y de albura,
te regaló esa herradura
alguna hermosa gitana,

En cuya risa lozana,
más que en tu don, su cordura,
leyó tu buenaventura,
en una hermosa mañana.

Por eso vives inquieto,
pues al ver el amuleto,
recuerdas a la gitana
que con faz morena y pura,
robó tu buenaventura,
en una hermosa mañana.

Posada Cano.

PAISAJES COSTARRICENSES



El árbol

(fragmento)

por Emile Verhaeren

Siempre erguido en el llano,
ya le agite el invierno, ya le meza el verano,
en escarcha su tronco ó el ramaje en verduras,
á lo largo del tiempo de odios ó de ternuras,
él impone su vida, enorme y soberano
á las llanuras. ●

Desde siglos y siglos, en las mismas praderas
ve las mismas labores, las mismas sementeras;
y los ojos hoy yertos
de los abuelos muertos
miraron, poco á poco, cómo se retorció
con los ramajes rudos,
la fuerza vigorosa de su corteza, en nudos.
Entonces, sus labores, tranquilo presidía;
mullíales su pie de musgo, blanco lecho,
abrigaba sus siestas al claro mediodía
y dió su sombra techo
á aquellos de sus hijos que se amaron un día...

El triunfo de Hamlet

Por Alvaro del Monte y Torreblanca

Especial para Pandemónium

Margot se había levantado del lecho aquella mañana, convaleciente de terrible enfermedad que puso en peligro su joven existencia.

Hacía un frío glacial, sin duda el más intenso de aquel invierno, y arropándose bien entre su abrigo de pieles y varias cubiertas de lana, se fué a sentar cerca a la estufa del escritorio de Rafael, su marido.

—Buena sorpresa va a llevarse cuando me vea levantada, se dijo, él que ignora la orden del doctor para que hoy deje el lecho. Y a la sazón que de tal suerte monologaba, una sonrisa de dulce júbilo rimó en sus labios el canto de la esperanza.

Era la una: Rafael no debía tardar en volver del Ministerio. Sentía anhelos de presentársele con los brazos abiertos, de pie, como simbólica expresión del triunfo de la vida sobre la muerte, en la batalla librada entre las deficiencias materiales y el poder ideal.

Ella amaba a su marido con ciega pasión: Rafael era su todo omnipotente.

En la evocadora penumbra de aquel silencioso retiro, recordaba con delectación el pasado feliz, que trocárase luego en amargas zozobras por causa de una cruel enfermedad.

Se conocieron en la poética Niza, y en aquel vergel de eternas fragancias, el dios alado deshojó a sus plantas las néveas siemprevivas del amor.

Después de casados, la dichosa pareja regresó a Madrid, porque su cargo de Subsecretario de Gobernación exigía la presencia de Rafael en la Corte. Allí transcurrieron los días venturosos, que ella enunciaba en su mente cual estrofas divinas, rimadas a

su corazón por todas las glorias del Parnaso.

Más tarde, el fruto de aquellos amores, santificados por la reciprocidad de sentimientos, anunció su próximo advenir. Pero, ¡oh dolor!: todas las ilusiones de ambos esposos quedaron fallidas. Vanamente se hicieron prodigios científicos para salvar la vida del ser que nacía en forma de ángel promisor de otros nuevos y muy caros ideales. Los facultativos operaron, mutilando horriblemente el tierno cuerpecillo por rescatarle a ella de una muerte segura.

Tales eran los recuerdos, ora felices, ora ingratos, que asaltaban, en aquella vagorosa tarde invernal, la imaginación de la joven.

Consultó el reloj: las dos, y Rafael sin venir. En esto sonó la campanilla del vestíbulo, penetrando él de momento en el despacho. Al observar la presencia de Margot, no pudo contener un gesto denunciante de su gran turbación; mas, pasados los primeros minutos se repuso, abrazando con vehemencia a su amada y felicitándola por su notable mejoría.

—Ocurrió algo desagradable por el Ministerio?—interrogó ella con suavidad.

—No, nada. ¿Por qué es la pregunta?

—Pues porque vienes tarde, y veo que no estás tranquilo.

—Meras suposiciones, hija; no pasa nada extraordinario, y en cuanto a mi tardanza se debe a que hubo mucho trabajo por razón del nuevo empréstito extranjero.

Estas explicaciones tranquilizaron a Margot, que se hechó en brazos de su marido radiante de alegría.

Pasaron una, dos, tres semanas, sin ningún acontecimiento que viniese a perturbar la tranquila placidez de aquella alma buena.

El solía entrar en casa a horas desusadas, faltar a las de comida y una que otra noche quedarse fuera, contra su costumbre; pero siempre había fáciles excusas para convencerla de las múltiples razones que motivaran tales procedimientos. Y cómo no, si el verdadero amor jamás encuentra nada tan bueno, y honorable como el ser amado.

A las mujeres se les engaña con cariño, nunca de otra manera.

Se anunciaba en aquellos días la inauguración de la temporada de ópera en el Teatro Real, y Margot se dispuso a ordenar su indumentaria de moda para asistir a la primera obra: Hamlet, interpretada por la Melva, Titta Ruffo, Constantino y Perelló de Seguro.

Todo el mundo capitalino, con Sus Majestades a la cabeza, inundaría de lujo y novedad el magnífico Coliseo.

Por fin llegó el día; Margot hizo sus preparativos sin decir palabra a Rafael. ¡Eran tan agradables las sorpresas que provocaban en su adorado entusiastas exclamaciones de admiración hacia ella!

Nada, lo esperaría vestida a la hora de comer, aunque tuviese que aguardar un poco molesta, por las estrecheces del traje moderno, a que llegase el momento de partir en el automóvil para el Real. Quería deslumbrarle, apareciendo ante él con toda la arrobadora belleza de sus encantos, realzados por un tocado de originalidad elegantísima.

A las seis y treinta, Rafael entró en el boudoir de su señora, quedándose estupefacto al verla ataviada con un vestido irreprochable, de seda india color albo, con aplicaciones argentadas y encajes belgas, corte Wolff, de la Rue de la Paix, que señalaba el conjunto de líneas modeladas en aquella imagen a semejanza de las obras escultóricas debidas al mágico buril de Praxiteles: el griego inmortal.

La adorable visión permanecía delante de él con los brazos extendidos; sus pupilas acariciadoras atraíanle con la fuerza voratriz del contraste ideal; sus labios, rojos y húmedos, se entreabrían a una sonrisa de femenina complacencia por la admiración de que era objeto, y en el paroxismo del delirio pasional, se arrojó a los pies de aquella deidad olímpica, besando frenético sus manos de rosáceo cutis, sus vestidos, su cabello negro y sedoso, todo, todo aquel emporio de perfecciones irresistibles. Ella, inclinada, devolvíale caricia por caricia, elogio por elogio... De pronto, Rafael se levanta, y con inesperada brusquedad, la rechaza. No, no, baluce confundido: estamos malditos, la dicha es imposible entre nosotros; perdición, perdición...

Margot tiembla, asustada, y creyéndole fuera de sí, le ruega se calme y explique lo que le sucede.

Rafael, por toda respuesta, se dirige al comedor y tomando una botella de Sauternes, la apura convulsivamente. Mesándose el pelo, discurre por la estancia a largos trechos, hasta que al fin se detiene, y encarándose con la atribulada Margot, le dice: mira Nena, ven: no quería, no debiera contártelo, pero es necesario; sí, muy necesario; y agrega en el más lamentable exceso de nerviosidad: los médicos, sabes, la ciencia ha reve'ado un secreto horrible.

¿Comprendes? ¿Adivinas? Pues sí; ¡que fatal desgracia! No, no, si vuelves a ser madre te perdería, morirás, y yo no quiero, ¿sabes? no quiero.

Por eso ves que huyo, huyo de tí como un condenado que rechaza la gloria eterna. Y aquel espectáculo de bebé hecho pedazos por los instrumentos de obstetricia, para salvar tu vida, no debe repetirse: sería criminal, inhumano, bárbaro...

El mal no tiene remedio: es innato en la constitución física de tu persona. Creelo. Sacrifiquémosnos; arguyó finalmente, sin poder contener un raudal de lágrimas.

Margot, comprendiéndolo todo, también lloraba; mas, en un arranque de

suprema violencia anímica, echó los brazos a Rafael, murmurando a su oído: los dos no; yo, yo sola debo sacrificarme.

Los vapores alcohólicos habían hecho su efecto en el cerebro del joven, y después de una débil resistencia, fué cediendo, cediendo; y el verbo universal entonaba su himno todopoderoso, mientras en el Real Teatro, las doradas multitudes oían, con fervorosa devoción, la sublime tragedia del inimitable Shakespeare.

* * *

Ha pasado cerca de un año. Los doctores están en consejo para decidir la forma de practicar nueva operación a Margot. Tras largas discusiones, el médico de cabecera resuelve afrontar

lo irremediable: el próximo advenimiento humano sufrirá la misma suerte que su antecesor.

Rafael protesta, negando aptitudes científicas a los émulos de Hipócrates.

Por fin el hecho sucede; más la ejecución quirúrgica ha retardado, y Margot perece el día siguiente, víctima de la funesta septicemia.

* * *

El antiguo Subsecretario es hoy huésped del asilo de alienados de Mazorra, en Cuba, donde un acaudalado pariente lo llevó con objeto de curarlo lejos del lugar de sus desventuras.

La demencia de Rafael es furiosa, y se pasa las noches gritando:

«Hamlet, maldito seas»...

Teatralerías

Para terminar

Al doloroso Chantecler.—cretino y vesánico; que usa un lenguaje patibulario; que no tiene más ejecutoria que su sensible falta de dignidad, y que siempre ha ido en pos de los mendrugos que piadosamente le sueltan los testafierros del Teatro,—PANDEMONIUM no puede cosiderarlo en ninguna forma, y seremos Thallus—a quien tan salvajemente critica sus opiniones, y yo—que las secundo porque tienen la virtud de ser justas,—los que personalmente castigaremos la osadía de este simio lamentable.

Arturo García Solano

* * *

San José 13 de Mayo de 1915

Señor Director de PANDEMONIUM

Presente

Mi muy estimado amigo:

Dos veces consecutivas: una en *La Frensa Libre* y otra en *La Información*

que se editan aquí, entes anónimos se han permitido atacarme con motivo de la crónica que con fecha 30 de abril último publiqué en la revista que usted dirige.

A los directores de estos dos diarios envié oportunamente la contestación que a mi entender cabía, y estos dos señores, prescidiendo aún de las leyes más elementales de cortesía no sólo no han publicado mis escritos sino que ni aun se han dignado dar una respuesta a mis cartas.

Por consiguiente, envío a usted para la publicación en su revista, las copias adjuntas lo mismo que la presente carta como aclaración.

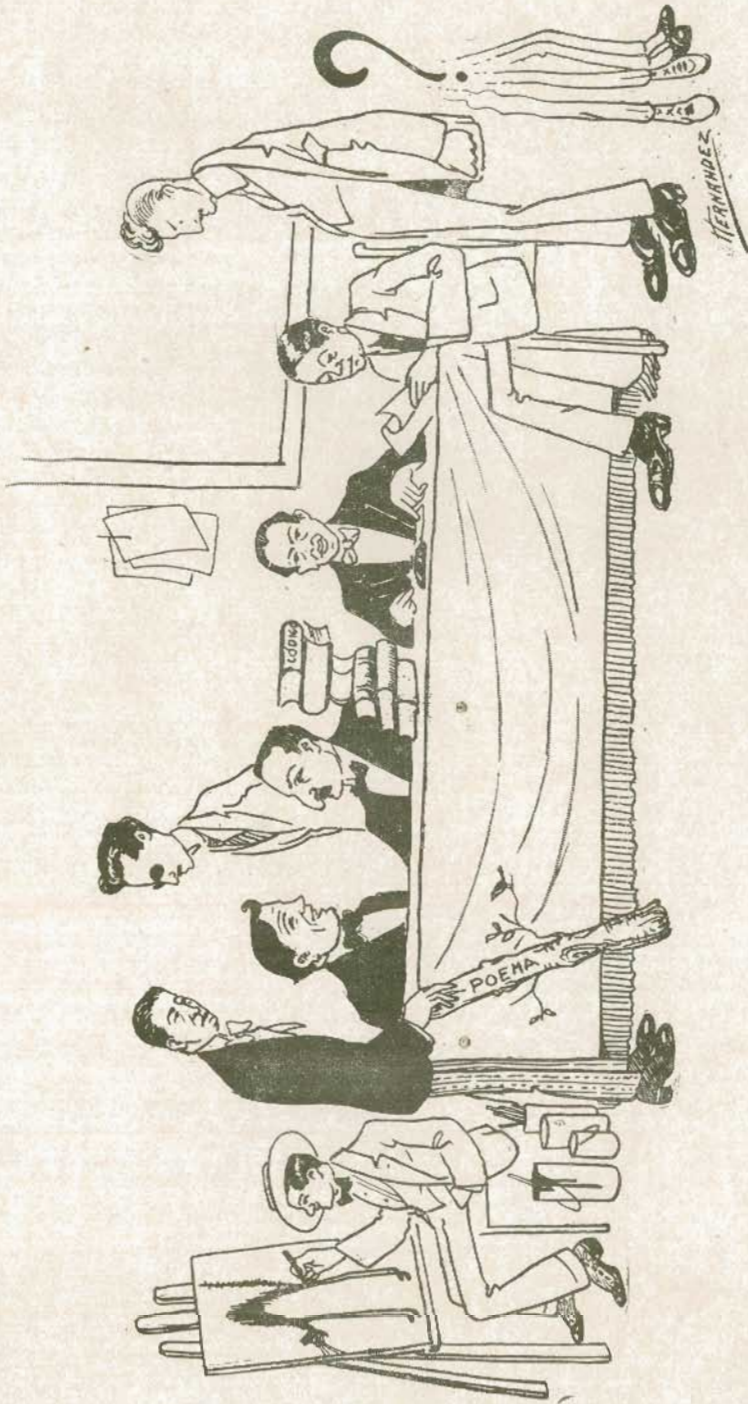
Mis más expresivas gracias y de Ud. atto. amigo y S.S.

Francisco López

NOTA DE PANDEMONIUM:

Las cartas a que se refiere el señor López—y en las que tan brillantemen-

INSTANTANEA TOMADA EN LA REDACCION DE "PANDEMONIUM"



De izquierda a derecha: Hernández, García Solano, Sotela, Cervilla, Cardona, Salazar Cagini, Albertazzi Avendaño y los Clarence.

te se defiende,— hemos dispuesto no publicarlas, porque estima esta Dirección, que un asunto tan insignificante como el presente, puede ser motivo de amargas consecuencias. En abono del

señor López, declaramos que los errores ortográficos y de sustancia— todos ellos de imprenta— no fueron corregidas en sus *Teatralerías* debido a una lamentable equivocación. Que conste.

Casos y notas

PANDEMÓNIUM ha recibido entre sus canjes, las interesantes revistas: *Renacimiento* y *Cuba contemporánea*, de la tierra gloriosa de Martí, en las cuales hacen una labor de verdadera cultura los ilustres escritores don Carlos de Velasco y don Francisco Dolz.

Recibimos también, la simpática *Helios* de Honduras; *Letras* de Quito; *Letras* de Nicaragua; *Actualidades* de San Salvador; *Figaro* de esta ciudad; *Las Revistas* de Managua; *Panorama* de Maracaibo; *Nosotros* de Buenos Aires; *Hojas Selectas* de Barcelona; *Diario Latino* de San Salvador. A todos, con motivo de su nueva organización, PANDEMÓNIUM, renueva su saludo cordial.

* * *

Ha salido ya el segundo número de *Figaro*, que con tanto éxito dirigen nuestros queridos amigos, Angelita y Albertazzi.

* * *

A propósito de aquel famoso artículo que publicó en esta capital el distinguido y vibrante escritor nicaragüense don Humberto Barahona, contándose varios conceptos del señor Joaquín Barrionuevo referentes a la actuación periodística del escritor Matías Oviedo, y en la que tan gentilmente reclamaba nuestra pequeña significación en las letras nacionales, reproducimos el siguiente párrafo de *El Cronista* de Honduras.

«Después, Barrionuevo se desató en injurias contra Oviedo y Barahona. El diario que abrió el debate (*La Prensa Libre*) faltó a la caballerosidad, negando a éste sus columnas para defenderse.

Oviedo, desde *El Cronista*, agradece al bravo batallador nicaragüense sus generosos conceptos y hace presente a los escritores de Costa Rica su alta simpatía».

* * *

En nuestro próximo número publicaremos la fotografía del nuevo edificio del «Teatro Variedades», que por su suntuosidad adorna nuestra capital. Tal éxito de esta empresa— que ha sabido siempre mantener el entusiasmo del público—, se debe en gran parte a su inteligente administrador don Manuel Monge, para quien PANDEMÓNIUM tiene la felicitación más cordial.

* * *

Los hermanos Gómez Miralles desde hace poco tiempo administran el Teatro Moderno. Los que conocemos la actividad de estos dos raros muchachos, tenemos verdadera seguridad en su triunfo, ya que sus nombres siempre han sido una prenda segura de éxito.

* * *

Figaro trae en una de sus interesantes páginas los dos sonetos que nuestro querido compañero, el exquisito poeta Albertazzi Avendaño, recitó en la velada celebrada por el *Centro Ariel* la noche del lunes antepasado en el Teatro Variedades. Ambas producciones merecen el más alto elogio por su belleza y por su sencilla originalidad.

* * *

Con motivo de encontrarse ausente nuestro colaborador Juan de Maro, no publicamos en el presente número un artículo que nos tiene escrito sobre el Mensaje Presidencial. Ello será en la próxima edición.